



María Cecilia Perrín de Buide

“TUS CAMINOS SON UNA LOCURA, ROMPEN MI HUMANIDAD,
PERO SON LOS ÚNICOS QUE QUIERO RECORRER”

(1957-1985)

María Cecilia Perrín nació en Punta Alta, Provincia de Buenos Aires (Argentina), el 22 de febrero de 1957. Hija de Ángela y Manolo Perrín, Cecilia creció en el seno de una familia cristiana que le transmitió el amor por la humanidad.

Cecilia era dinámica, alegre, de contextura pequeña y ojos muy vivaces. Se preocupaba por su aspecto personal, se vestía a la moda.

En la universidad cursó materias de tres carreras diferentes, pero finalmente descubrió su pasión en la enseñanza.

El 20 de mayo de 1983, después de dos años de noviazgo, contrajo matrimonio con Luis Buide. Unos meses después Cecilia quedó embarazada; noticia que llenó de alegría a la pareja de jóvenes por la nueva vida que empezaba a crecer.

En medio de la felicidad que despertaba la llegada de un nuevo miembro a la familia, la pareja debe enfrentar una de las pruebas más difíciles. En febrero de 1984, justo en los primeros meses de embarazo, a Cecilia le diagnosticaron cáncer: uno de los más fuertes. A partir de ese momento empieza un camino que la llevó a descubrir el significado maravilloso de la vida y del amor de Dios.

Los médicos confirmaron que la enfermedad era irreversible y ponen a consideración la posibilidad de realizar un aborto terapéutico para poder hacer los tratamientos necesarios. Amante de la vida, Cecilia rechaza cualquier tipo de procedimiento que pueda afectar a su bebé, aún si ello implica que el cáncer siga avanzando.

Cecilia amaba la vida: la suya, la de la hija que estaba gestando, la de su familia y la de todos, por eso se propone hacer de su enfermedad una oportunidad para crecer espiritualmente y para acompañar a los que le están cerca en este camino. Consciente de que el cáncer avanzaba, cada vez se dona más profundamente al Amor de Dios, escribió: “... Hoy le pude decir a Jesús que Sí. Que creo en su Amor más allá de todo, y que todo es Amor de Él. Que me entrego a Él”.

En julio de 1984 nació su hija María Agustina a quien entregó su amor completamente, tanto así que aún en medio de los dolores físicos y espirituales, tenía el deseo que su hija disfrute plenamente la alegría de vivir y, por eso aceptó que su hermana se haga cargo de su hija para que en ella no quedara un recuerdo doloroso.

Quienes estuvieron a su alrededor concuerdan en que más allá del dolor, Cecilia transmitía vida. Aunque era consciente de que la enfermedad iba ganando la batalla física, en su experiencia espiritual la vida trascendía el plano terrenal.

Cuando ya no podía hablar, encontró en las cartas una manera para transmitir todo aquello que experimentaba en su alma.

Cada uno de sus escritos da cuenta de los efectos que suscitó en ella reconocer en el dolor el Amor. Sostenida por su fe cristiana, el afecto de su esposo, familiares y amigos y la fuerza de todos aquellos quienes como ella habían hecho la elección de reconocer el Amor de Dios en cada situación, incluso en el dolor, la llevaron a comprender, como dice una de sus hermanas: que la vida merece ser vivida hasta el final.

Cecilia falleció, a la edad de 28 años, el 1 de marzo de 1985, dejando una gran estela de amor, aún entre quienes no la conocieron físicamente pero que hoy se acercan a su historia.

Actualmente, ha sido declarada Sierva de Dios y se encuentra en proceso de Beatificación. Sus restos descansan en la Mariápolis Lía, en O'Higgins, Buenos Aires, por su expreso pedido. Cecilia quería que quienes fueran a visitar su tumba encontraran un lugar de paz, alegría y esperanza.